

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id. ... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al Director de GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id. ... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 22, pral. 1.º.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIRIJENTES: ORTEGO Y PÉREA.

EL FUSIL Y EL LIBRO.

Convengó en ello. Es necesario que el pueblo esté armado y haya fuerzas populares.

Es necesario y conveniente. ¿Quién puede dudarlo sabiendo que el llamado Carlos VII se apercebe á fiera lucha, y que la libertad, por lo mismo que es tan preciosa, está expuesta á perderse á cada momento?

El ciudadano, por consiguiente, debe tener su fusil en casa para el día en que la libertad peligre.

Sí señor, estamos conformes.

Pero como toda observacion es útil, bueno será que observemos en una materia que se presta á ello.

No sé si el lector habrá notado que de todas partes y en todos los tonos se piden armas al Gobierno.

Ya es un ayuntamiento el que pide doscientos fusiles.

Ya es un comandante de voluntarios que necesita para su fuerza trescientas carabinas.

Ya es un periódico que dice un día y dos, y siete y ocho consecutivos, que es necesario dar mayor número de fusiles á los ciudadanos.

No hace mucho que leí en un periódico:

«D. Fulano de Tal va á regalar al ayuntamiento dos mil tercerolas.»

Y creo que fué anteaer cuando leí en otro lo siguiente:

«Pronto, muy pronto, recibirán los batallones de voluntarios el completo de las armas que necesitan.»

Por si acaso estas noticias son pocas, las aumentaré con esta otra que han publicado diversos diarios:

«El ayuntamiento va á adquirir veinte mil carabinas.»

Queda, por consiguiente, probado hasta la evidencia, que el comercio de armas de fuego está en todo su esplendor.

Confío en que con estos datos prestó un gran servicio á los comerciantes españoles.

Y si alguno se queja de que no vende nada, que es la frase corriente en España hace dos ó tres años, no me dará lástima.

Porque si el que tal cosa me dice es un sombrerero, por ejemplo, le contestaré:

—Vd. se tiene la culpa. Haga Vd. fusiles.

II.

El comercio de libros, me han dicho algunos editores estos dias, está completamente perdido.

La noticia no me deberia extrañar, porque con cortas excepciones los libros en España han sido casi siempre artículos de lujo.

¿Qué digo? Si hubieran sido artículos de lujo, se hubieran vendido.

Me valdré de otra expresion más dolorosa. Los libros en España han sido hasta hoy una cosa de la cual todo el mundo ha podido prescindir.

Por eso digo que la noticia que los editores me han dado no me debia haber sorprendido.

Sin embargo, como quiera que hace algun tiempo los libros se venden más baratos; como la afición á

la lectura ha aumentado desde que ha aumentado el número de las traducciones (porque, eso sí, lo extranjero siempre nos ha hecho felices), y como acabamos de hacer una revolucion que ha quitado grandes trabas á la imprenta, la noticia ya me parece un poco grave.

—No se lee, me ha dicho un editor, porque la política lo absorve todo. El periódico es algo más favorecido; pero el libro está muerto.

Sin saber por qué, me vuelvo á acordar de las veinte mil carabinas del ayuntamiento.

Cual si el comercio de libros tuviera algo que ver con las fábricas de Eibar, me acuerdo otra vez de la boga que alcanzan los fusiles.

El pueblo no lee, pero quiere armarse.

Hay cinco millones de españoles que no saben leer; pero los españoles todos quieren tener buena puntería.

¡Qué equivocaciones tan graciosas tiene la humanidad!

Se figura que es más fácil adquirir un arma de fuego que un libro de trescientas páginas.

¿Qué más? Hay quien celebra su propia ignorancia diciendo muy risueño que le estorba lo negro.

Y sin duda por eso todos quieren dar en el blanco.

III.

Resumamos.

¿Cuánto vale un fusil?

Quiero ponerlo á un precio fabulosamente barato.

Quiero suponer que vale cuatro duros. ¿Lo quiere Vd. más barato? Pues no me es posible dárselo á usted. Me cuesta más, como dicen los dependientes de las casas de comercio.

¿Cuánto vale un tomo de trescientas páginas?

Un tomo de trescientas páginas, vale cuatro reales.

Tenemos, pues, que por lo que vale un fusil se pueden comprar veinte libros.

¡Y en veinte libros se pueden estudiar tantas cosas!

La ciencia y la moral, que juntas constituyen la verdadera religion del hombre, pueden estar comprendidas en esos veinte tomos.

Un hombre estudioso debe adquirir los conocimientos políticos necesarios para poder hacer uso de sus derechos sin olvidar sus deberes.

En el estado actual de la ciencia, veinte tomos pueden dar idea suficiente de muchísimas cosas importantes.

Los ayuntamientos que piden doscientos fusiles, podrian pedir, establecido el cambio que de estas observaciones se deduce, cuatro mil volúmenes de ciencias naturales al alcance de todos. Estos volúmenes se podian repartir entre los ciudadanos pobres.

¿Quién sabe si al cabo de doce años la sociedad española habria cambiado de aspecto?

Pero ¡bah! no hagan Vds. caso.

Estas observaciones no pasan de ser una bagatela pensada en un momento y escrita en media hora.

Siga el consumo de fusiles, que todas estas cosas que han sido objeto de nuestra conversacion, son teorías, y nada más que teorías. De algo se ha de hablar, y ya hemos hablado.

GIL BLAS.

CONFESIONES.

Si el cielo me hubiese concedido un amigo leal y sensible en quien desahogar mi pecho, á estas horas ya le habria yo muerto á pesadumbres.

Las amarguras que paso, ni á mí mismo me atrevo á decirmelas, porque no se diga que trato de suicidarme.

Y la agitacion que hoy me devora es tal y tan grande, que solo al papel me arriesgo á confiarla; porque el papel, no siendo del Estado, permanece indiferente en medio de las tempestades políticas y morales, de cuyo género son las mias.

Escucha, pues, ¡oh papel sordo! y habla por mí, ¡oh papel mudo!

Vamos á tener rey; el rey está al caer, ó mejor dicho, al subir; el rey está en puerta; está si entra, si no entra...

Ya palpita en los lábios de la impaciente mayoría aquel fatídico sí, manantial de gracias y mercedes; ya rebotan de su pecho aquellos juramentos de adhesion con que tanto embellecieron la existencia de Isabel II; ya sienten los pueblos renacer la esperanza de las paradas con música y los suntuosos bailes y banquetes, cuyas descripciones les conmueven de piernas desde muchos kilómetros de distancia y les incitan á relamarse con aquel decoro que tan bien sienta en súbditos respetuosos.

En las profundidades del fecundo suelo español germina silenciosa la augusta lista civil, que al calor de los afectos y merced al tierno celo del fisco, florece trimestralmente en las recaudaciones de la contribucion.

Ya presiento el aromático rancho, primer augurio de las inmensas bondades del soberano, que ha de inspirar el más fervido entusiasmo á los mozos útiles.

Y el incremento mismo de mi antipatía me está diciendo que á cada paso que doy hácia la tumba, me voy acercando al nuevo reinado.

Y en el fondo del alma se me insinúa una desazon vaga, continua, melancólica, que Castelar califica de nostalgia de la libertad.

Todo esto junto es demasiado para un infeliz enfermo de republicanismo crónico; yo no puedo conmigo, y si no fuera porque ya he dicho que no quiero revelar á nadie mis padecimientos, ya habria recorrido todos los gabinetes de consultas en busca del remedio ó la muerte.

¿Qué va á ser de mí el dia en que S. M., descubriendo de golpe todo el esplendor de sus excelentes cualidades, inunde de dádivas cuatro fulgurantes páginas de la Gaceta?

¿Qué habrá sido de mí desde que en su manifiesto al pueblo español haya demostrado que jamás se le habia ocurrido reinar en parte alguna, y que solo por no ser descortés con nuestros votos, y especialmente por acatar los designios de la Providencia, se resigna á echar sobre sus hombros la pesada carga del reinar?

¡Cómo me pondrán todos aquellos que en mal hora me oyeron afirmar que solo una indigna ambicion podia ser móvil de quien viniera á encargar un trono á los ebanistas españoles!

¡Oh, voy á hacer ante mis contemporáneos el papel más ridículo de que pueda haber memoria!

¿Sobreviviré?

Este último temor me asalta con frecuencia desde la última reunion de la mayoría.

¡Tener un rey bueno, piadoso, magnánimo, y no hallar á cada paso un ingenioso sofisma con que negarlo!

Los pueblos lo verán hoy sonriendo de paso al embajador de los Estados-Unidos; mañana, probando el caldo de unos enfermos; al otro dia, apeándose del coche para que suba á él un sacerdote que llevará el Viático; ora se sabrá que ha dado de limosna una onza de oro á una anciana desvalida; ora se averiguará (por una casualidad y una indiscrecion) que ha favorecido á la familia de un veterano español, con diez reales diarios; regalará unos botones de brillantes á un tenor; costeará la edicion de un clásico desconocido, y en fin, todas esas cosas nunca vistas y muchas otras que irá inventando, acrisolarán su fama de liberal, de filántropo, de religioso, de agradecido, de modesto, de protector de las artes y las letras, y le ensalzarán á aquella sublimidad que alcanzaron hasta hoy todos los soberanos, y aun quizá suba su gloria más alto; que todo es de temer de mi mala fortuna.

¿Y qué será de mí entonces, repito?

Yo no podré sobrellevarlo. Yo no podré confesar que me he equivocado: mi amor propio no me lo consentirá nunca.

¿Y el pueblo?

El pueblo verá que la eficacia del poder real convierte milagrosamente en condes á los nadies, como la Madre Celestina convertía á los Juniperos en pavos, y gritará tras mí *tolle, tolle*, irritado porque quise hacerle creer que nada debía esperar de los reyes.

Los condes serán marqueses, los marqueses duques, los duques serán dos y tres veces grandes; los fraques negros cubrirán de placas más deslumbrantes que el sol de la libertad, y el pueblo glorioso, triunfante, ébrio de felicidad... si no me mata de una paliza, no será un gran pueblo.

ROBERTO ROBERT.

UN SALUDO... Y UN CONSEJO.

Salud, Cortes del progreso, fruto de esperanzas ciertas, que de la opinion al peso entrado habeis por las puertas de nuestro pátrio Congreso.

Salud, electos varones; salud, los que vais á dar tras de tantas conmociones digno á la España un lugar entre las demás naciones.

Grave y ruda es la tarea que hoy en mi patria acomete la popular Asamblea, si cumple como promete la esperanza de Alcolea.

Ni la ambicion, ni el encono, ni el dolo en vuestra alma vibre: que sois para nuestro abono, tribunos de un pueblo libre no aduladores de un trono.

Defended la libertad y servidla de soportes, con la conciencia votad, y á la entrada de las Cortes no os dejeis la dignidad.

Firmaron como en barbecho los diputados de ayer bajo de ese agosto techo, sin reparar que el *derecho* vale menos que el *deber*.

Sin comprender ¡no os asombre! que era un proceder villano, que deshonraban su nombre, porque el pueblo es soberano, porque el rey no es más que un hombre.

Conservadlo en la memoria, que segun vuestras acciones vais á ser para la historia, ó de *ignominia padrones*, ó *pedestales de gloria*.

Tú, la monárquica grey que por tu libre albedrío rey pides, haz que la ley establezca al pueblo mio *mucho más alto* que el rey.

Vosotros, republicanos, que no quereis rey ni roque, sed fiscales, pero humanos, y no parodieis el choque entre moros y cristianos.

Y tú, bando absolutista, si tienes la vista clara, obra sin perder de vista que en los campos de Vergara murió el partido carlista.

¡Hijos de la libertad!
¡sed mártires de la *idea*
y esclavos de la *verdad*,
que hoy en nuestra patria ondea
por fortuna, y medidad.
Que este saludo sincero
de esperanza, de alegría
y cariño verdadero
que yo os dirijo, os le envia
por mi boca el pueblo ibero.

X.

ANTIGUALLAS.

Esto de la tradicion tiene algo de enfermedad crónica.

¿Por qué razon no nos podemos curar de la enfermedad tradicional?

¿Qué digimos en Cádiz? (Yo no estuve, pero es lo mismo.)

¡Abajo todo lo existente!

Pues ¡abajo!

Pero no señor; hay en España un apego á lo antiguo...

Vamos, si no me quiero acordar de que todavía estemos contemplando el amondongado rostro de cierta persona cada vez que le ponemos un sello á una carta.

Y eso al fin, se hace por yo no sé qué cosas que habian pasado en la fábrica del sello, y porque no habia necesidad de hacer sellos nuevos habiéndolos viejos... En fin, yo no sé por qué, pero ya nos dieron una razon de que tal cosa sucediera.

No ha sucedido así con otras muchas cosas.

¿Qué significaban los maceros del Congreso el dia de la apertura de las Constituyentes?

¿A qué viene eso?

¿A quién no le da risa ver esos figurones vestidos de máscara y contrastando con la severidad y la sencillez del traje de los diputados?

¿Cómo no se les ocurrió á estos señores que aquello es una ridiculez que en otro tiempo pudo estar admitida, pero que ahora no puede agradar á nadie?

Sin embargo, los maceros con sus túnicas y sus colorines desarmonizaron el cuadro.

¡Ah! ¡Que hay todavía apego á las malas mañas antiguas!

Y lo mismo le digo á Vd. en lo tocante á las formas.

Así como se ha suprimido el juramento de los diputados, podian suprimirse algunas otras cosas.

Por ejemplo: la manera de escribir los decretos.

¡Cada ministro parece un rey!

«Vengo en nombrar á D. Fulano de Tal...»

«Vengo en decretar lo siguiente.»

Lo mismo, ni más ni menos, decia la reina, cuando lo era.

Convengamos en que no se ha perdido aun la afición á darse tono.

Examinen Vds. la *Gaceta* y verán que cuando un ministro de la revolucion deja cesante á un empleado de poco sueldo, no dice nada de él sino que le deja cesante. (Decir es.)

Pero cuando se trata de un alto empleado ya la cosa varía.

Entonces, imitando al pié de la letra los *reales* decretos, dice el ministro:

«...Quedando satisfecho del celo y lealtad con que lo ha desempeñado.»

Con lo cual el ministro revolucionario me prueba lo mismo que me probaba doña Isabel de Borbon.

Primero: que á los empleados de poco sueldo no es costumbre darles las gracias por los servicios que han prestado.

Segundo: que todos los altos empleados cumplen bien, lo cual es muy discutible.

Los ministros revolucionarios me han probado además otra cosa.

Que usan el mismo lenguaje que los reyes.

Las circulares del ministro de la Gobernacion me han hecho recordar infinidad de circulares de gobiernos moderados. Y sin embargo, en el fondo eran diferentes.

Los mismos giros, las mismas ampulósidades, el mismo lenguaje oficial. Todo respirando magestad y una hinchazon terrible.

Parecerá una bagatela la cuestion de frases: pero tratándose de un Gobierno que le ha dado un puntapié al trono y que ha cambiado por completo la faz de las cosas..... seria lógico que el lenguaje de

este Gobierno no se confundiera con el del Gobierno anterior.

Al paso que llevamos, no desespero de ver cualquier dia en un decreto aquellas tres letras entre paréntesis que iban siempre al lado de la que fué reina de las Españas.

No; no me estrañaria leer:

El poder ejecutivo (q. D. g.)

O sino:

«Francisco Serrano, por la gracia de Dios, presidente del poder ejecutivo...»

La gracia de Dios tendria esto, pero á nadie sorprenderia despues de ver todos los dias que el ministro A ó B viene en decretar esto ó lo otro.

Convénzase el Gobierno provisional. La reina *venia* en disponer tal ó cual cosa, pero como la reina *se fué*, su modo de ser ha desaparecido.

Y francamente, heredar las frases casi es heredar las costumbres.

Los hijos suelen heredar los modismos que aprendieron de los labios de sus padres.

En las familias hay palabras y modos especiales de esplicar las cosas, que se suceden de padres á hijos.

Y la revolucion no ha heredado á nadie.

Ha brotado del corazon de la tierra.

Es indudable que si el dia de mañana viene á España un rey liberal (esto es una suposicion), no podrá hablar en el lenguaje de los reyes retrógrados, porque si lo habla, el país se reirá de él y de sus ridiculeces.

Las antiguallas deben desaparecer de todas partes; hasta del diccionario.

Usemos frases nuevas.

Estudiemos una manera de decir que no recuerde la soberanía del tirano, sino la soberania de la libertad.

Procuremos revestir todas las nuevas leyes de formas menos tradicionales.

Y supuesto que se han acabado los reyes de derecho divino y las monarquías absolutas, ¿á qué viene eso de usar la frase clásica del rey pasado de moda?

Conveniente será que el poder ejecutivo decrete de una manera menos petulante, y olvide costumbres antiguas.

Porque si así no lo hace, se va á parecer á esos diputados que, esclavos de la antigua fórmula, empiezan siempre á hablar del mismo modo:

—Señores diputados, me *propongo ser breve*. Débil será cuanto yo diga, *despues del magnifico discurso que acaba de pronunciar mi particular amigo y adversario político el Sr. Tal*.

¡UNA REVOLUCION Y UN DECRETO!

Supongo que Vds. habrán leído, como yo, la *Gaceta* del lunes, y supongo tambien que esa lectura habrá sacado á Vds., como á mí me ha sacado, de una dolorosa incertidumbre.

La verdad es que el Gobierno—antes provisional y hoy no sé qué—empezaba á dar señales de haber perdido la cabeza.

Habia llegado, al parecer, para sus hombres el vértigo revolucionario.

¿Qué libertades concedidas á las colonias!

¿Cuántos derechos proclamados!

¿Qué de importantes reformas planteadas!

¿Qué innumerables abusos cortados!

¡Y cuántas y cuán radicales medidas en todos los ramos!

La conducta revolucionaria del Gobierno empezaba á poner espanto en el ánimo de los más exaltados.

Aquí, en el hidalgo país de los garbanzos y de la unidad católica, somos un tanto asustadizos y medrosos, y la atrevida actitud del Gobierno, su decidido empeño en llevar á cabo su programa, teníannos por punto general con el alma en un hilo, como suele decirse.

«Si esto continúa así, nos deciamos unos á otros con terror, van á ser capaces hasta de no procesar á los periodistas, y ¡y qué horror! puede que sean osados á proponer la libertad de cultos, y ¿quién sabe? hasta puede ser que lleven su locura el extremo inconcebible de iniciar la supresion de las quintas.

¿Y qué será de nosotros entonces?

¿Qué haremos los españoles sin nuestras quintas y nuestras matrículas de mar?

ENTRADA EN ESPAÑA DEL REY ARTISTA.



Imitación del primer acto de *Los Magiarios*.

—¿Quién al son de mi viola
quiere bailar,
quiere cantar?

Y solo pensar en esto nos aterraba.

De mí sé decir que hasta despues de haber leído la *Gaceta* del día 1.º no he conseguido dormir tranquilamente.

D. Juan Prim comprendió la ansiedad en que estábamos y se compadeció de nosotros.

Gracias, general, gracias; y tú, pueblo, admira y aplaude; ese es tu deber, ese ha sido siempre; antes lo era por vasallaje, séalo ahora por agradecimiento.

Leed bien el decreto que no da ocasión á dudas ni á variadas interpretaciones; dice así: «Todos los mozos que desde la quinta inmediata, en adelante, etc.»

Es decir que la quinta inmediata se aproxima.

Es decir que en adelante habrá otras.

Respiremos entonces, respiremos los que sospechábamos que con la revolucion, las quintas estarían próximas á su fin: no, por fortuna siguen, y siguen como estaban, que no estaban mal.

Merced á este decreto salvador que tan buen efecto ha producido, los españoles todos se dividen de hecho en dos grandes clases.

Primera: los que pueden desprenderse de seis mil reales.

Segunda: los que no pueden dar esa cantidad.

Digamos, para precisar mejor: *pobres* y *ricos*.

Los pobres son soldados; los ricos se libran de serlo: esto es justo, esto es equitativo. ¡Loado sea Dios! Todo segun lo mismo que antes.

Venid acá, vosotros los jóvenes de veinte años que no podeis votar vuestros representantes, si bien sois hábiles y aptos para cojer un fusil, cosa muy puesta en razon seguramente, porque un voto puede hacer

más daño que un tiro, venid aquí y prosternaos ante el conde de Reus, que de hoy en adelante piensa sacaros de vuestras aldeas donde os consumiria el fastidio; arrancaros de vuestra familia, cuyo cariño afemina y enflaquece el espíritu; llevaros por todos los ámbitos de la península, con vistosos trajes y limpias armas, siendo admiración y contento de las arrogantes catalanas, de las aragonesas intrépidas y de las graciosas andaluzas.

Venid acá, vosotros los labradores, dad tambien las gracias al general, dádselas con entusiasmo, porque contra lo que podria esperarse y sobreponiéndose á los estúpidos deseos del país, él más sábio, él más prudente que la nacion toda, ha conservado las quintas con lo cualla agricultura no se verá favorecida por tantos miles de brazos robustos y vigorosos, los campos producirán ménos, y los labradores podrán vender á muy altos precios, enriqueciéndose pronto.

Y vosotras, madres felices, ¿qué haceis? ¿Por qué no venis á dar un aplauso al intrépido marqués? ¿Creiais tal vez que permitiria á vuestros hijos permanecer á vuestro lado, auxiliar vuestra vejez, consolar vuestras aficciones, consagraros todo su afecto hasta recibir respetuosamente vuestro postrer suspiro? No seais locas, no; esos goces están reservados á los ricos, vosotrasno debeis ni pensar en ellos, ni desearlos: vuestros hijos se deben á la patria, es indispensable que vayan á conquistar laureles frescos y rizadas palmas, haciendo centinela á la puerta de algun palacio, ó acaso combatiendo gloriosamente contra alborotadores como los de Málaga.

Venid conmigo, venid, madres, hermanas, amantes, aplaudamos todos al general, y aplaudamos todavía más á nuestras Constituyentes porque aprobarán de seguro el sublime, el benévolo, el tranquilizador decreto.

¿Y dónde estais vosotras, Pancracias, Timoteas y Sinforasas? ¿Dónde estais las que llenábais las columnas de *El Pensamiento*? ¿En dónde os escondéis vosotras, las quince mil famosas de la exposicion á Serrano?

¿Cómo no elevais al Gobierno una exposicion con veinte mil, con tres millones de firmas, aplaudiendo sus determinaciones?

Elevadla, sí: ese es vuestro deber.

Decidle además que no escuche las sugestiones del partido republicano, partido loco que pretende abolir esa contribucion moral, santa, justa y necesaria, bajo el pretesto frívolo de que es inmoral, cruel, injusta é inútil.

Pueblo, no te dejes seducir por vanas palabras: y dí para tu capote, que mientras dure la contribucion de sangre marcha todo perfectamente.

A. SANCHEZ PEREZ.

CABOS SUELTOS

Ahora que los neos reciben palos, exclama *La Regeneracion* puesta en jarras: ¡A treveos!
¿A qué, señora? ¡Si no me gusta Vd.!



